

Teresa Maldonado Barahona

Hablemos claro

RETÓRICA Y USO DEL LENGUAJE EN EL FEMINISMO



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 9

CAPÍTULO 1. CONCEPTOS Y METÁFORAS 19

CAPÍTULO 2. EXCESOS RETÓRICOS 25

CAPÍTULO 3. UN RODEO POR LA TEORÍA FEMINISTA
DEL CONOCIMIENTO 37

CAPÍTULO 4. USO INTIMIDATORIO DEL LENGUAJE 53

CAPÍTULO 5. SECRETISMO Y PERTENENCIA 59

CAPÍTULO 6. NOMBRAR Y AFIRMAR 65

CAPÍTULO 7. SER Y HACER 71

CAPÍTULO 8. INFLACIÓN CONCEPTUAL Y NEOLENGUA:
NEOLOGISMOS, ANGLICISMOS Y BARBARISMOS 79

CAPÍTULO 9. PUNTO Y SEGUIDO 87

AGRADECIMIENTOS 93

INTRODUCCIÓN

Cuando pensamos que una discusión carece de importancia solemos decir que es una discusión *terminológica* o que el desacuerdo es una mera cuestión de palabras. La reflexión que tiene lugar en las páginas que siguen parte justamente de la convicción contraria, de que el lenguaje nunca es irrelevante. Las feministas siempre nos hemos sentido concernidas por él. Sabemos que hacer un uso sexista y discriminatorio de la lengua no es algo baladí. Nunca las palabras son solo palabras, ni las discusiones terminológicas una pérdida de tiempo.

Las propuestas para un uso no sexista de la lengua se van conociendo poco a poco en todos los ámbitos (educativo, administrativo, laboral). Cada vez se llevan más a la práctica y por parte de más personas. Sin embargo, nunca han dejado de tener detractores ni ha cesado el debate social sobre el asunto. Hay quien sigue haciendo chistes malos al respecto. Otras veces, se toman en serio y se discuten algunos aspectos de esas propuestas. Se debate, por ejemplo, si lo que hay que cambiar es la realidad social y entonces cambiará el lenguaje que la refleja o si, por el contrario, el hecho de cambiar el lenguaje modifica también la realidad (entre otras cosas porque el lenguaje es parte de la realidad y no su mero reflejo¹).

1. El lenguaje es parte de la realidad (una cosa entre otras cosas) cuando no habla de las cosas, de la realidad, sino cuando hablamos de él como si

La ultraderecha sin complejos que ha irrumpido en los últimos tiempos ha hecho de las propuestas para un uso no sexista del lenguaje un objetivo principal de sus ataques. Arremete contra ellas presentándolas como una forma de corrección política impuesta por una presunta "dictadura progre" que les amarga la vida. Aunque al final retomaré un momento este asunto, no es de la crítica feminista al uso sexista del lenguaje ni de las propuestas para evitarlo de lo que quiero hablar aquí. Mi objetivo es hacer una crítica del uso del lenguaje que hacemos las feministas. No solo nosotras, pero también nosotras.

La competencia y el "conocimiento" lingüístico de cualquier hablante adulto es de un calibre inusitado. Pongo comillas porque se trata de un conocimiento un tanto extraño, es un conocimiento no sabido, no consciente. Hablar supone tener un dominio que no sospechamos no ya de gramática, que por descontado. Todo hablante tiene conocimientos, por ejemplo, de lógica, porque la lógica está inserta en la gramática de la lengua que aprendió en la infancia sin notarlo siquiera. La semántica también guarda mucho conocimiento del que disponemos sin darnos cuenta. Sin embargo, salvo si nos dedicamos a disciplinas como la lingüística, la filosofía del lenguaje, la literatura, etc., el lenguaje no es algo de lo que, por lo general, seamos conscientes. Con la reflexión que sigue pretendo poner bajo el foco algunos aspectos de nuestro uso del lenguaje, hacerlos conscientes, para poder decidir si los mantenemos o, como creo que deberíamos hacer, cambiarlos.

Nuestra especie y su historia está vinculada de forma decisiva a los relatos, a las narraciones, como tradiciones orales primero y mediante la escritura después. Las teorías filosóficas y científicas que se han pasado el testigo de la autoexplicación de la humanidad a lo largo de los siglos; los

fuera una cosa más. Cfr. Agustín García Calvo, *Hablando de lo que habla. Estudios de lenguaje*, Lucina, 1993 (4ª ed.).

relatos mitológicos y religiosos sobre el origen y el sentido; las ideologías que han ocultado o revelado la realidad; la literatura de todo tipo de todos los rincones de la tierra donde hay seres humanos (más allá y más acá del canon occidental) constituyen lo que somos: somos lenguaje.

Aunque el lenguaje, como tal, no es de nadie ni tiene marcas de ningún tipo, las formas concretas de expresión de cada quién están troqueladas por sus distintas pertenencias grupales. Cuando hablamos o cuando nos expresamos por escrito, el deje, el acento, la caligrafía, el vocabulario o las jergas, es decir, las formas concretas de expresarnos lingüísticamente, revelan información sobre nuestro origen, cultura, clase social, estado mental y anímico, ideología, creencias, valores o prejuicios.

El uso del lenguaje que las feministas estamos haciendo últimamente necesita contemplarse a sí mismo un momento. Eso creo yo, al menos. Tengo la descorazonadora sensación de que ser feminista hoy pasa por usar y hacer ostentación de una jerga críptica, no comprensible para la mayoría, diseñada, parecería, para ser entendida solo por unas pocas iniciadas. Esto incluye hacer un uso desmesurado de perífrasis y circunloquios, de anglicismos y neologismos, y también la repetición desconcertante de frases hechas, estereotipos y clichés lingüísticos. Cada una de estas prácticas, por separado, empobrece nuestro lenguaje y nos aleja de la claridad a la que deberíamos aspirar; juntas, muestran que nos está ocurriendo algo grave y peligroso.

Críptico viene del latín *crypticus* ("subterráneo"), que a su vez proviene del griego antiguo *kryptikos*, "oculto bajo otra cosa", "engañoso". El feminismo tendría que evitar emplear un lenguaje críptico, porque su objetivo debería ser llegar a todo el mundo, como quiere bell hooks². Hay formas de expresión que tal vez tienen sentido en contextos especializados (sociología, psicología, filosofía, biología, etc.). Fuera de

2. bell hooks, *El feminismo es para todo el mundo*, Traficantes de Sueños, 2017.

estos, deberían dejar paso a otras formas menos herméticas, menos plagadas de tecnicismos y anglicismos.

* * *

La relación entre pensar y hablar es un tópico filosófico con larga historia. ¿Puede darse pensamiento sin lenguaje? ¿Y lenguaje sin pensamiento? ¿Se puede pensar bien si no se habla bien? ¿Determina o condiciona el lenguaje la realidad que percibimos y, en ese caso, cuánto, hasta dónde? ¿Limita el lenguaje qué pensamos o cómo pensamos? La controversia en torno a estas cuestiones es antigua. A las respuestas que han ido dando las distintas escuelas filosóficas y lingüísticas durante siglos se añaden ahora los datos aportados y las perspectivas teóricas abiertas por las neurociencias. En general, se acepta que alguna relación ha de haber entre lenguaje y pensamiento, aunque sigue abierta la controversia respecto a cómo se materializa.

En los años cuarenta del siglo XX George Orwell mostró gran preocupación por el uso del lenguaje en el terreno político. Para él, el lenguaje es tanto causa como efecto del pensamiento. Según explicaba en un texto famoso, la lengua inglesa "se ha vuelto fea e imprecisa porque nuestros pensamientos son necios, pero la dejadez de nuestro lenguaje hace más fácil que pensemos necesidades". Añadía después que, si el pensamiento corrompe el lenguaje, también el lenguaje puede corromper el pensamiento³.

Por desgracia, con demasiada frecuencia hacemos un uso del lenguaje que, lejos de revelar el pensamiento, lo oculta. Las cosas han llegado demasiado lejos por ese camino que conduce no se sabe a dónde. Hay textos que parecen

3. George Orwell, "La política y el lenguaje inglés", 1946. Pueden encontrarse en la red varias versiones en castellano (a veces con *idioma* o *lengua* en lugar de *lenguaje* en el título). Aquí cito la traducción de Alberto Supelano. No hace falta decir que es un texto fundamental para la reflexión que tiene lugar en estas páginas.